



TEMPTATIO



Santa Teresa de Jesús

Tres Cantos

TEMPTATIO

GRUPO DE JÓVENES

PARROQUIA SANTA TERESA DE JESÚS

DE TRES CANTOS

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

28 DE FEBRERO DE 2024

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea de medida humana. Dios es fiel, y él no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que con la tentación hará que encontréis también el modo de poder soportarla. 1Co 10, 13

INTRODUCCIÓN

Si alguien quiere ponerse en camino para buscar a Dios, debe prepararse para la **lucha**: *Hijo, si te dispones a servir al Señor, prepárate para la prueba* (Ecl 2,1). Y en la medida en que se avanza en la vida espiritual, debemos saber que con más fuerza aparece la tentación que tratará de impedir todo progreso.

Por eso, todo planteamiento de vida interior debe conocer al demonio y sus estrategias; no hacerlo sería una grave irresponsabilidad.

Para ayudar a descubrir la estructura de las tentaciones y poder realizar un verdadero discernimiento espiritual que permita avanzar en la vida interior, vamos a intentar hacer una recopilación de los modos de tentación, analizando la intención de su autor y los mecanismos de los que se sirve.

La tentación forma parte sustancial de la vida humana. **Allí donde está el hombre está la tentación.** Y el Tentador tiene especial cuidado de trabajar en contra de quienes quieren ser mejores o intentan seguir el camino al que Dios invita al hombre.

La gente ingenua piensa que cualquier incitación al mal es una tentación. Eso supone creer que el diablo es muy torpe. No, en estos casos el demonio no tiene que hacer nada: simplemente asiste divertido al espectáculo gratuito de la autodestrucción humana.

Donde se requiere un arte verdaderamente sutil es en la auténtica tentación; en la acción perfectamente estudiada por la que la fuerza y las capacidades del hombre que intenta convertirse se orientan precisamente a llevarle lejos de Dios hasta acabar en oposición a él. Y si esto se hace sin que el hombre sea consciente, mejor que mejor.

Nada existe más adecuado para salir al paso de las estrategias del Enemigo que conocerlas. Sólo conociéndolas podemos desmontarlas, descubrir la burda patraña del Tentador y así poder burlarnos de él *-hacerle higas*, en expresión de santa Teresa- puesto que *el diablo... el espíritu orgulloso... no puede aguantar que se burlen de él* (Santo Tomás Moro).

El primer presupuesto del que hay que partir es que **el demonio no tiene poder para vencernos, pero sí posee astucia para convencernos**. De hecho no puede nada contra nuestra voluntad, pero se infiltrará por la vía de la razón hasta hacer que ésta doblegue la voluntad. Nuestra atención no debe dirigirse a posibles ataques frontales, sino a las sutiles escaramuzas de una guerra de guerrillas. Lo cual no quiere decir que el Tentador se tome la molestia de darnos lecciones de nada. Eso supondría gastar demasiadas energías en un artista al que le gusta presumir de obras bien acabadas en el más corto espacio de tiempo y con el menor gasto de energía posible. Por eso su trabajo, más que dar ideas

al hombre, es evitar que éste tenga ideas. Nada divierte más al Enemigo como ver que cualquier mentira, sutilmente presentada, sustituye al razonamiento ordenado e impide al hombre que piense.

ADVERTENCIA

Si pretendemos tener un simple conocimiento de la tentación bastará con la lectura de este texto. Pero si lo que buscamos es un conocimiento más profundo del proceso de la tentación de cara a profundizar en el discernimiento, será necesario hacer un ejercicio más profundo que la simple lectura. Para aprender a identificar las diferentes tentaciones tendremos que hacer un ejercicio de aplicación, buscando ejemplos -reales o ficticios- en nosotros mismos o en los demás. **El hecho de que la tentación suele pasar desapercibida es uno de los elementos fundamentales de los que se sirve el Tentador para llevarnos a su terreno;** y esta misma facilidad que tiene la tentación para no ser detectada hace que nos resulte muy difícil identificarla incluso cuando estamos tratando de ella.

TENTACIONES FUNDAMENTALES

TENTACIONES CONTRA LA VERDAD

La verdad es el ámbito imprescindible para la relación con Dios, la conversión, la caridad... Ésta es la razón por la que el Tentador tiene tanto interés apartarnos de la verdad para poder apartarnos de Dios. No es de extrañar, por tanto, que tenga un buen arsenal de armas para atacar la verdad y para sacarnos de ella.

Por otra parte, el hombre tiene un deseo profundo de verdad y de acomodar su vida a ella. Aunque este deseo no siempre sale a la superficie, porque frecuentemente está enterrado en lo más profundo de la conciencia. Si este deseo de autenticidad comienza a emerger alguna vez al plano consciente, el Tentador intentará impedir que el hombre se ponga en marcha hacia la verdad; porque si se acercara a ella podría cambiar sustancialmente su vida. Y para evitarlo intentará varias estrategias:

1. La tentación del barullo

El Tentador procurará, por todos los medios, embarrullar la mente y la conciencia del hombre. No debemos olvidar que **el objetivo del Enemigo no consiste en enseñar el camino del mal, sino en dificultar el**

camino del bien, haciendo que éste parezca complicado o imposible; y su mejor arma no es la mentira, sino la mezcla inseparable de verdad y mentira. El demonio es el maestro de la mentira porque intenta crear el mayor barullo posible para que no se pueda distinguir lo que es verdad de lo que es mentira. Si mintiera siempre sería más fácil desenmascararlo: pero él sabe que para el hombre es más difícil salir de la confusión que de la mentira.

2. La tentación de engreimiento

Una de las estrategias para apartarnos de la verdad es **hacernos creer que ya estamos en posesión de ella y que no tenemos necesidad de buscarla.** Para buscar la verdad es necesario un punto de partida: la humildad del que se sabe necesitado de una verdad que no tiene. Pues bien, ante el primer atisbo de esta humildad que mueve al hombre a buscar la verdad, el Tentador reaccionará apartándole de cualquier búsqueda eficaz de la verdad (leer, consultar, investigar...), dándole la sensación de que el conocimiento superficial que ya tiene -y que es simplemente el fruto de conversaciones de café, de opiniones de IG o de YT- coincide con el «resultado de las últimas investigaciones» y no necesita «profundizar más».

3. La tentación del relativismo

Una de las armas que durante los últimos siglos más éxito le ha dado al Tentador en su lucha contra la verdad es el **relativismo**. El relativismo consiste en el convencimiento -tan firme como contradictorio- de que **no hay ninguna verdad absoluta, que toda verdad depende del sujeto, del momento histórico, de la cultura o de la sociedad, o de la etapa de evolución en que se encuentra la persona**. La verdad se convierte así en una mera opinión, y la búsqueda de la verdad en una quimera inútil. No hay ninguna verdad a la que podamos agarrarnos y todo es susceptible de ser interpretado, todas ellas igualmente válidas.

El resultado del relativismo es que el hombre moderno está acostumbrado desde niño a tener dentro de su cabeza un buen número de filosofías o de ideas incompatibles; así puede justificarlo prácticamente todo. Si por un momento intenta superar el ambiente relativista y quiere hacer una selección entre sus ideas buscando las más verdaderas, el Tentador le sugerirá que el mejor criterio de selección no está en función de la verdad o falsedad, sino en la medida de que estas ideas sean más modernas, más prácticas, o admitidas por más gente. Así acabará convencido de que él busca y sirve a la verdad, cuando no hace otra cosa que ponerse en la cola de la gran masa de inconscientes.

La Iglesia tiene que ponerse al día, la Iglesia no está con la sociedad, la mayoría de la gente no está de acuerdo con lo que dice la Iglesia..., son frases que se repiten una y otra vez. Su único fundamento es el relativismo: **olvidarse de que hay una verdad y que es más importante buscarla, encontrarla y defenderla que estar a la moda o con la mayoría.** Una manera especial de sucumbir a la tentación del relativismo consiste en omitir las verdades del Evangelio más difíciles de aceptar o hacer cualquier tipo de experimentos con la liturgia para hacerla más atractiva o más asequible para el hombre actual.

4. La tentación de la jerga

Esta tentación se combina perfectamente con las formas anteriores de atacar la verdad. Puesto que pensar supone trabajo, y el camino hasta la verdad es largo y duro, el **Tentador moverá al que intente buscar la verdad a sustituir los razonamientos serenos y medidos por la jerga de moda, por una palabrería deslumbrante pero vacía, que le dé la sensación de estar a la última, de formar parte de la mayoría o de pertenecer al bando de los fuertes, de los que saben, de los que están construyendo el futuro.** Con este dominio de la fraseología de moda, el hombre tendrá el convencimiento de moverse en el ámbito de la verdad

y no será necesario que piense. Y lo que vale para la jerga política o social, puede perfectamente aplicarse a la palabrería religiosa que es también muy eficaz para darnos sensación de estar a la última sin producir el más mínimo acercamiento a la verdad. Cuando sustituimos la verdad por la jerga, ya se nos ha hecho imposible pensar de verdad y, en consecuencia, ordenar realmente nuestra vida.

El mundo de la política y de los deportes nos tiene acostumbrados a ese tipo de frases que no dicen nada y que sólo sirven para ocultar la verdad. Hay una serie de tópicos y de palabras que sirven para rellenar las respuestas sin comprometerse a nada, que se aprenden fácilmente y se pueden aplicar en cualquier situación -aunque hay que tomarse la molestia de estar siempre a la moda-. Si uno dice que *el bien común exige una participación solidaria de todos los estamentos sociales para el progreso de una sociedad democrática...*, no dice absolutamente nada sobre el problema que se le ha planteado, pero aparece como un político de altura. Pero no pensemos que no hay una jerga eclesial que sirve igualmente para evitar dar una opinión clara y comprometedora. No es extraño que en nuestras reuniones, cuando hay que tomar postura, prefiramos defendernos con la jerga; ya sea la de corte más clásico: *busquemos la voluntad de Dios para que la Iglesia pueda ser sal y luz del mundo...*, o de estilo más moderno:

hay que hacer una opción comprometida para liberar a la sociedad de las estructuras de pecado.... Son frases que se pueden soltar en cualquier situación, que no nos comprometen y que nos hacen quedar bien, sin necesidad de pensar ni hacer discernimiento alguno.

5. La evolución de las ideas sustituto de la verdad

Una forma de encontrar la verdad y actuar conforme a ella es buscarla en los libros o en las personas adecuadas (del presente o del pasado). **El Tentador tiene un modo de desactivar esta posibilidad de buscar la verdad induciéndonos a plantearnos las cuestiones y las afirmaciones desde un punto de vista exclusivamente *histórico***, fijándonos en quién influyó en tal afirmación, cómo evolucionó esa idea (en determinado autor o en los que le sucedieron), cómo ha sido formulada, entendida o malinterpretada, cómo está el estado actual de la cuestión..., todo menos plantearnos la pregunta acerca de la verdad de esa afirmación y las consecuencias que tiene para nuestra vida; **todo menos ir a los pensadores y maestros del pasado o modernos a buscar fuentes de verdadero conocimiento para nuestros problemas.**

De este modo el Enemigo consigue que los que están más en contacto con la verdad estén de hecho más lejos de reconocerla gracias a que están entretenidos y

cegados por el *punto de vista histórico*. De hecho, en muchos círculos intelectuales, la búsqueda de verdad aparece como algo ingenuo y muy poco erudito: *Ya no importa saber qué es verdad, sino la evolución completa de las opiniones en cierto terreno*, sería la expresión de esta actitud. Mientras que el que busca la verdad aparece como un ingenuo, el que conoce el desarrollo de la cuestión es considerado un sabio, aunque al final no sepa reconocer en ese detallado proceso histórico dónde está la verdad y cuáles son sus consecuencias. Y podríamos preguntarnos: ¿No aplicamos esto a la interpretación de la Escritura y a la misma teología?

6. La tentación de lo necesario y lo urgente

Si, a pesar de todas estas dificultades que el Tentador ha puesto en el ambiente, aparece en el hombre la necesidad de verdad, la tentación más eficaz va dirigida al ámbito que mejor domina el Enemigo: las necesidades básicas, las urgencias y las pasiones. **Si en un momento determinado surge la necesidad concreta de hacer luz en asuntos importantes de conciencia, para evitar que el hombre entre en el terreno de la reflexión seria, el demonio le recordará que se acerca la hora de comer o que le esperan en breve para un asunto urgente.** Si la conciencia se revuelve en contra, arguyendo que se trata de un asunto que está

por encima de la comida o de la reunión, el Tentador sugerirá que *precisamente porque es algo tan importante* no se puede abordar de cualquier modo, con el estómago vacío; lo más *practico* será resolver lo que está pendiente y luego afrontar otros asuntos.

Una vez haya comido bien, nuestro hombre necesitará descansar y para entonces, las mil pequeñeces de la vida ordinaria le habrán distraído lo suficiente como para que no recuerde su propósito.

El éxito de esta forma de tentación estriba en el atractivo que ejerce la vida cotidiana y real frente a lo que el Tentador presenta como teórico. Mientras el hombre tiene algo conocido a la vista, le resulta muy difícil creer en lo espiritual o en lo extraordinario.

TENTACIONES CONTRA LA REALIDAD

La única forma que tiene el hombre de vivir en plenitud y salvarse exige que ordene su vida con respecto a la realidad. Para alcanzar la felicidad y que la vida dé fruto es imprescindible encajar nuestra realidad, la realidad que nos rodea y la realidad de Dios. Salirnos de la realidad en cualquiera de estos ámbitos supone desvirtuar nuestra existencia. Por eso, Dios intenta hacer que el hombre sea consciente de la realidad de cuanto vive y es. Dios quiere que el bien que realizamos sea **real**, por encima de apariencias, impresiones o sen-

timientos; y para ello la acción de la gracia se realiza de dentro a fuera: configurando primero las raíces del ser humano según el estilo evangélico para que luego se traduzcan en un comportamiento también evangélico.

El Tentador, por el contrario, quiere llevar al hombre a fuera de la realidad y, consecuentemente, impedir orientar adecuadamente su vida y salvarse. Su táctica consiste en construir de fuera a dentro, jugando con lo más exterior (apariencia de bondad, circunstancias, conflictos, etc.) hasta llegar a cambiar el corazón.

Dios es un ser real que crea las cosas y mueve la historia para que nos encontremos con él. **A Dios sólo se le encuentra en la realidad.** Todo lo que es auténtico y verdadero -aunque sea negativo- tiene esa capacidad de llevarnos a Dios por atracción o por repulsión. Por eso, el Tentador lucha para sacarnos de la realidad del mundo que nos rodea y de nuestra propia realidad.

Los placeres positivos, aunque nos pueden apartar un momento de Dios, llevan el sello de la obra de Dios: la bondad, la belleza, la felicidad... Y son una puerta abierta al encuentro con Dios. Un sufrimiento real puede hacer que nos rebelemos, pero nos pone fácilmente en relación con Dios. Incluso el pecado real tiene esa capacidad y por eso el demonio nos lo oculta.

En lugar de todo esto, el **Enemigo nos proporciona falsos placeres, inexistentes sufrimientos y problemas, pecados irreales que nos atrapan definiti-**

vamente porque no tienen solución y porque no llevan esa huella de Dios que en un momento determinado puede hacernos volver a él. Es estéril ofrecer un sufrimiento imaginario o arrepentirse de un pecado inexistente.

Para apartarnos de Dios, al diablo le interesa poco ofrecernos un bien real como buscar la fama a través de ser el mejor en algo. Esa vanidad nos llevaría a un esfuerzo real, a renunciaciones reales, aprenderíamos a discernir qué es lo que más nos conviene para llegar a nuestra meta... Y en un momento determinado todas esas cualidades las podríamos poner al servicio de la meta que Dios nos propone. Si buscamos una meta concreta y no la alcanzamos, podemos plantearnos otra meta que merezca más la pena y nos ayude a encontrar a Dios. **Al Tentador le es mucho más práctico llevarnos al orgullo haciéndonos creer que somos lo que no somos** (guapos, listos o piadosos). Eso no nos llevará a ningún esfuerzo real y tiene la ventaja de que es muy fácil sustituir esa vanidad irreal por otra tan etérea como la primera.

Al contrario de lo que pueda parecer, el Enemigo quiere eliminar de nosotros cualquier anhelo o gusto personal intenso que, aunque no sea positivo, nos haga conscientes, nos ponga en movimiento y pueda ser aprovechado por Dios.

Nuestros deseos y necesidades más profundos -por confusos o desordenados que sean- **llevan impresos el sello de la necesidad radical de Dios que mueve la vida del hombre.** Por eso, el Enemigo quiere apartarnos de nosotros mismos, alejarnos de nuestra realidad, sacarnos de nuestra situación concreta y de nuestro punto de partida; porque, por deficiente que sea éste, siempre habrá un camino que lo una a Dios.

El Tentador sustituye toda esta realidad por las diferentes modas que nos hacen situarnos en una realidad falsa. Dios también nos quiere *sacar de nosotros mismos*, pero de un modo muy distinto. **Quiere que salgamos de nuestro egocentrismo para entregarnos a él y descubramos que, cuando Dios es nuestro centro, somos plenamente nosotros mismos.** Dios nos saca de nosotros mismos porque nos ama y para hacernos felices; el diablo, por el contrario, para llevarnos a la nada.

Para lograr sacarnos de lo real el Tentador intentará las siguientes estrategias:

1. Tentación de cambiar el concepto de lo real

Una de las tentaciones de manipulación de la verdad con las que el Enemigo nos confunde y nos puede manipular consiste en cambiar el concepto de lo que es real según le convenga a él. Es como si nos fuera po-

niendo una serie de gafas que deforman la percepción de la realidad para poder llevarnos donde él quiere o para que reaccionemos de un modo determinado.

Cuando le interesa, nos empuja a ver que lo real son sólo los hechos físicos, lo palpable: el hambre, el sufrimiento, el dolor..., haciéndonos creer que la aceptación, el amor o la entrega añadida a estos hechos son irreales, meros sentimientos que no sirven para nada. En otras ocasiones, cuando algo o alguien nos molesta, lo real no es lo que esa persona ha dicho o hecho realmente, sino el sentimiento de desagrado o de odio que sentimos en nosotros.

Cuando se trata de experiencias espirituales que deben sostenernos, esta manipulación de lo real nos lleva a pensar que todo lo que sucedió en ese momento estaba descansado o bajo la influencia de cierto clima de entusiasmo. **Si se trata de tentaciones, lo real es lo que yo siento interiormente (miedo, desánimo, desesperanza) y no las circunstancias concretas exteriores que me llevarían a darme cuenta de que ni estoy en verdadero peligro, ni la situación es tan grave**

En este juego del demonio, con el que va cambiando lo que creemos que es real, la alegría se convierte en algo subjetivo y la muerte sólo se presenta como un hecho externo. El encanto de una persona nos parece que es una impresión subjetiva, pero lo que le hace odiosa se nos presenta como plenamente objetivo.

Todo esto gravita sobre una importante ley espiritual: **lo fundamental en la vida cristiana es lo real y no los sentimientos que esa realidad genera.** Y la tentación procurará convencernos de que lo único real son los sentimientos, hasta hacernos olvidar lo verdaderamente real. Especialmente frente a las dificultades, este tipo de tentación nos hará pasar de la consideración de un hecho que hemos de superar al sentimiento de miedo que nos provoca; de forma que al preocuparnos por el miedo, olvidemos afrontar su causa.

Como en el hombre siempre hay sentimientos buenos y malos, siempre hay materia para este tipo de tentaciones. **El arte del Tentador consiste en dirigir los sentimientos buenos hacia las personas más distantes o a un círculo de gente desconocida y, por el contrario, los sentimientos malos hacia la gente más cercana.** Así la malicia se hace totalmente real y la bondad en gran parte imaginaria. Así, mientras nos enternecemos pensando en los niños que no tienen para comer, nos parece lógico llenarnos de rabia ante el molesto llanto del bebé de los vecinos.

2. Tentación del futuro

Sólo el hoy de cada hombre engancha con la eternidad a la que está destinado. Sólo en el presente podemos elegir lo más conveniente para dirigirnos a Dios.

Avanzamos en la medida en que obedecemos en el presente a una inspiración de Dios, aprovechamos la gracia, aceptamos la cruz o damos gracias por el regalo que Dios nos hace. **Sólo el presente es real y a Dios sólo se llega por la realidad.**

Para su tarea de alejarnos de Dios, al Tentador no le es muy útil el pasado porque, aunque ya no exista, en su momento fue real y, además, ya no puede ser cambiado. Por eso, si quiere sacarnos de la realidad, el demonio utiliza a fondo el futuro. Él quiere sacar nuestro corazón del presente y proyectarlo al futuro.

El Enemigo puede hacer que el futuro -desconocido para nosotros- **se revista de temores o esperanzas irreales que nos hagan olvidarnos de nuestra responsabilidad actual o nos hagan olvidarnos de Dios.** Si consigue que apostemos nuestra vida en función de una quimera o paralicemos nuestra entrega por un temor irreal, el Tentador habrá encontrado la forma ideal de paralizar nuestra vida y de empujarnos hacia el vacío gracias a una mentira que no es fácil de desmontar. Por eso, la mayoría de las tentaciones se cimientan en algo que queremos conseguir o evitar en el futuro.

El Enemigo tiene un medio sutil de hacernos creer que vivimos el presente: inducirnos a despreocuparnos del futuro con la vana seguridad de que todo saldrá bien y que ahora no tenemos que preocuparnos de nada. Por el contrario, Dios quiere que pensemos en el

futuro, pero sólo para prever hoy lo que debemos realizar mañana. Mientras tanto quiere que estemos atentos al acto de amor, entrega o confianza que podemos realizar ahora, poniendo el futuro en manos de Dios, con los ojos puestos en algo más real y concreto que el futuro: la eternidad.

3. La realidad en las relaciones con los demás

Las relaciones humanas están tejidas de cosas sencillas y ordinarias. Para evitar que el hombre se relacione armoniosamente con su prójimo, el Enemigo emplea una especie de *relativismo práctico* con el que intenta conseguir que demos un valor distinto a esas realidades pequeñas según sus intereses.

De esta forma, cualquier palabra o gesto (que en sí mismos son normales o indiferentes) se convierten en causa de conflicto porque se les supone una intención determinada. Y así intentará que el propio individuo entienda un determinado gesto benévolamente cuando lo realiza él y lo interprete negativamente cuando proviene de los demás. Podrá, incluso, sentirse una pobre víctima de una tensión que en realidad está causada por él. Por supuesto, sus altas miras espirituales le impiden considerar que él también tiene intenciones y que es posible que pueda molestar a los demás.

4. El espiritualismo como huida de la realidad

Al hombre que intenta abrirse paso hacia la vida interior el Tentador le prepara una tentación a su medida: pensar que la conversión y la fe son realidades meramente interiores, que además están en función de determinados estados de ánimo o sentimientos religiosos. El demonio no intentará separar al hombre de la reflexión o de la oración, pero hará lo posible para que pase todo el tiempo posible dedicado a la vida interior sin descubrir ninguno de esos rasgos de su personalidad real que son evidentes para cualquiera de los que conviven a su alrededor y que, si los descubriera, le obligarían a cambiar o a luchar contra ellos. **El Enemigo le invitará a pensar en cosas tan elevadas que se olvide de sus obligaciones más elementales, hasta que le causen horror por ser demasiado mundanas y descuide lo cotidiano precisamente en función de sus miras tan elevadas y espirituales.**

Al que tiene aspiraciones espirituales, el Tentador no le propone que no rece; le ayudará a que esa oración sea ineficaz; y, si es posible, que sea un medio para sacarle de la realidad: imaginarse un Dios irreal, una personalidad o unas circunstancias inexistentes. Es una tentación dentro de la oración. Y esta tentación es más eficaz cuanto menos nos esperamos que algo tan de Dios como la oración pueda ser cauce de tentación.

Una de las formas en las que la oración se convierte en cauce de tentación es aquella en la que el Enemigo empuja a la persona espiritual para que haga que su oración sea siempre muy espiritual en lo que se refiere a las necesidades de los demás, haciéndole consciente de sus necesidades espirituales por encima de sus necesidades materiales. Por el contrario, el Tentador intentará hacerle muy consciente de sus propias necesidades materiales por encima de las espirituales. Así, considerará detenidamente la necesidad que tiene de tranquilidad -y que la persona con la que vive le impide tener dado su insufrible carácter- y dedicará la oración a restregar vanamente sus heridas. Y si, además, el Tentador consigue que el hombre aplique la imaginación, conseguirá que pasen por su mente los mil supuestos motivos turbios que tienen los demás para amargarle la vida..., evidentemente sin dejarle nunca pensar que él también puede tener malas motivaciones o puede ser desagradable para los demás.

TENTACIÓN CONTRA LA IGLESIA

El demonio, cuando se encuentra con un cristiano que se propone vivir su fe de verdad, tiene que intentar desviarlo de su intento lo antes posible; para lo cual, intentará desvirtuar su percepción del instrumento que el hombre necesita para su conversión: la Iglesia.

1. Tentación contra la mirada a la Iglesia

Para conseguir apartar al hombre de la Iglesia, el Enemigo opondrá la grandeza de la Eucaristía a la vulgaridad del sacerdote que celebra; intentará disipar la gracia de la comunión desviando la atención al vecino del banco, que tiene cara de aburrido o desentona al cantar; intentará contrarrestar la percepción de la comunión de los santos llamando la atención acerca de ciertos comentarios ridículos que ha hecho tal sacerdote u obispo o hacia el último escándalo eclesiástico puesto de moda por los medios de comunicación.

El Tentador buscará que la atención a todas estas realidades banales impida al cristiano pensar en lo fundamental, de modo que llegue al convencimiento de que la Iglesia no es otra cosa que unos cuantos edificios antiguos, con un grupo de viejas musitando oraciones distraídamente y unos pocos clérigos corruptos que intentan embaucar a la gente más ingenua. Mientras haya un sacerdote que se equivoque, una anciana o una señora que desafine, podrá pensar que esto es la Iglesia, se olvidará de buscar más hondo, y llegará al convencimiento de que una Iglesia así no merece la pena ni puede ser verdadera.

El diablo empleará todos estos medios, tan ridículos como sutiles, con tal de evitar que piense que la Iglesia es algo más que el tono desagradable del sacerdote

que le confiesa. Todo, con tal de evitar un razonamiento objetivo que venga a sugerirle: **Si yo, siendo como soy, puedo considerarme cristiano, ¿por qué los defectos de las personas que tengo a mi lado en misa tendrían que probar que la fe es una alienación o pura hipocresía?**

2. La tentación de la división

Uno de los objetivos del Tentador consiste en diluir las fuerzas del hombre creando divisiones en todo grupo que pretenda algún noble objetivo. Nuestra época, tan inclinada a dividirse en facciones, presenta una gran facilidad para este tipo de tentación; de modo que le basta al Enemigo tocar esta fibra para lograr su objetivo. Cualquier pequeña capillita, unida por algún interés que otros hombres ignoran o detestan, tiende a desarrollar en su interior una encendida admiración mutua, y una gran cantidad de orgullo y de odio hacia el mundo exterior, que se fomenta y se mantiene sin ningún tipo de vergüenza, en el convencimiento de que se sirve a la causa por excelencia, la cual se piensa que es impersonal.

Esto vale especialmente para el grupo que pretende estar al servicio de los planes de Dios. **El Enemigo debe intentar neutralizar todo el efecto beneficioso que la Iglesia produce en nosotros.** Una de sus for-

mas favoritas es romper la unidad dentro de la Iglesia. **Tanto la Iglesia como cualquier comunidad dentro de ella están permanentemente sometidas a la tentación de la división, porque el Tentador quiere que la Iglesia sea pequeña no sólo para que haya menos hombres que puedan conocer a Dios, sino también para que quienes lo conozcan adquieran la incómoda intensidad y el afán defensivo de una secta secreta.** Y, aunque es muy difícil romper la unidad de la Iglesia, es bastante más fácil crear facciones dentro de las diferentes comunidades que la componen.

El mecanismo que sustenta esta tentación se inicia sugiriendo al hombre que considere aquel aspecto de la vida o de la fe al que es más sensible o que pretende defender como una parte de su fe. Luego, poco a poco, le va llevando a considerarlo como la parte más importante. Luego, suave y gradualmente le guía hasta la fase en que la misma fe se convierte en un simple componente de la «Causa» -ese valor absolutizado y desgajado- y entonces el cristianismo se valora primordialmente en función del respaldo que puede ofrecer al pacifismo, belicismo, ecologismo, socialismo...

Una vez que el Enemigo ha conseguido hacer del mundo un fin, y de la fe un medio, el hombre está prácticamente vencido, e importa muy poco que clase de fin mundano persiga. En la medida en que los movimientos, reuniones, panfletos, mítines, políticas, cau-

sas y cruzadas le importen más que la caridad, la fe, la oración o la relación con Dios, más sometido al poder del Enemigo estará el hombre. Y cuanto más «religioso» (en ese sentido) sea, más suyo será.

No hay que olvidar que al Enemigo no le interesa suscitar polémicas profundas de las que pueda surgir un mayor conocimiento de la verdad. Le es más útil la división que se basa en simples términos, costumbres o modos de hacer las cosas. Si con eso obtiene el odio y la intolerancia entre los cristianos, ya ha conseguido su finalidad.

Toda la historia de la Iglesia está llena de ejemplos de esta tentación de división.

3. La tentación del cristianismo «asequible»

Una forma especialmente eficaz de anular la acción de la Iglesia es aguar el Evangelio y la fe de tal forma que ya no tengan fuerza ni eficacia. La fe aguada actúa como una vacuna para la verdadera fe, es más un obstáculo que un puente y el Enemigo lo sabe bien y lo emplea a fondo.

Para conseguir este cristianismo lánguido, el diablo puede empezar suscitando el deseo, aparentemente apostólico, de facilitar al máximo las cosas para que la fe llegue al mayor número de gente posible. En seguida nos empuja a poner el éxito apostóli-

co, es decir, el número o el aplauso por encima de la verdad o de las exigencias de la fe. Esta forma de aguar el cristianismo termina ocultando verdades fundamentales y repitiendo tópicos que no pueden mover a nadie. Entonces, llevados por el pánico de perder aún más clientela, seguimos recortando la fe, y no nos damos cuenta de que es esa fe aguada lo que aleja y escandaliza a muchos.

4. La tentación del cristianismo provocador

Puede parecer una tentación contradictoria con la anterior. Pero no olvidemos que el demonio no tiene ningún interés en ser coherente consigo mismo, y no le importa atacarnos con dos extremos contrarios, con tal de sacarnos del camino de Dios. **El Tentador provoca un modo de plantear la fe que tiene como primer objetivo desconcertar y provocar.** Es una especie de «cristianismo en contra» que tiene mucho éxito fuera de la Iglesia oficial y en las librerías de ocasión. Se trata de romperle sus antiguas creencias al oyente o al lector y crearle dudas e interrogantes que, por supuesto, nunca se resuelven. Con tal de descolocar al oyente, no dudan en cambiar de opinión si es preciso. Se emplea también la falsedad de presentar como verdad firme o recientemente comprobada lo que no pasa de ser una opinión personal y muchas veces pasajera. El efecto es

claro: la impresión de que no hay una doctrina firme, de que ni siquiera los cristianos se ponen de acuerdo entre sí..., y entonces se hace evidente que es inútil embarcarse en algo tan confuso e inestable.

TENTACIONES CONTRA LA ORACIÓN

La oración es un camino de verdad y amor que nos conduce hacia Dios, nos transforma y nos hace caminar en verdad y humildad. Por eso, **la intención fundamental del Tentador es hacer lo posible para alejar al hombre de la intención de orar en serio.**

Cuando el hombre inicia el camino de la conversión y necesita más apoyos en la oración, la mejor manera de lograr impedirle la oración es incitarle a recordar lo mucho que se parecen las oraciones vocales que rezaba de niño a las charlas de los loros. Por reacción contra esto se le puede convencer de que aspire a algo enteramente espontáneo, interior, informal y no codificado; y esto supondrá, de hecho, para un principiante, un gran esfuerzo destinado a suscitar en sí mismo un estado de ánimo vagamente devoto, en el que no podrá producirse una verdadera concentración de la voluntad y de la inteligencia. Con una oración supuestamente más espontánea se impide un camino de oración más fácil y fructífero.

El Tentador busca todos los medios para evitar que el hombre esté pendiente de Dios durante la oración; para lo cual procura que ésta sea el medio para que el cristiano se centre en sí mismo. La tentación va dirigida a hacer que el hombre contemple su propia mente y trate de suscitar en ella, por medio de su propia voluntad, sentimientos o sensaciones. Así, cuando medita sobre la caridad, en vez de contemplar el amor de Dios y pedirlo para su vida, empieza a suscitar sentimientos caritativos hacia sí mismo. Y si medita sobre la generosidad, se perderá por el camino del intento de sentirse generoso. De este modo va aprendiendo a medir el valor de la oración por su eficacia para provocar los sentimientos deseados; sin sospechar con qué frecuencia este tipo de sentimientos dependen de factores que poco o nada tienen que ver con la misma oración.

Normalmente, **Dios sale al paso de esta tentación atrayendo al cristiano hacia una percepción más verdadera de las realidades sobrenaturales, elevándole por encima de lo sensible hacia una oración más auténtica y, por lo tanto, desnuda.** A esta acción de Dios corresponde normalmente una acentuación de la tentación en la línea de hacer buscar al hombre algo «más real» que Dios o sus bienes, como son los sentimientos, los estados de ánimo, cualquier objetivo o preocupación que pueda acaparar la atención del

hombre, o incluso cualquier objeto real que pueda distraerle. El éxito de esta tentación radica en el hecho de que la desnudez del alma que requiere la verdadera oración es algo que el hombre desea mucho menos de lo que supone o manifiesta, porque, en el fondo, sospecha que le puede acarrear más exigencias de las que en principio está dispuesto a adoptar.

TENTACIONES CONTRA LA HUMILDAD

Una de las cosas más valiosas para caminar derechos hacia Dios es la resolución de afrontar las dificultades una por una, confiando que Dios nos dé en cada momento la ayuda necesaria. Esto tiene mucho que ver con la humildad, que excluye tanto perseguir metas muy lejanas como exigir a Dios que nos ofrezca todas las garantías o desear tener nosotros todas las seguridades. **La lucha humilde nos lleva muy lejos en la unión con Dios.** Y como reacción inmediata, el Tentador tiene que batallar con todas sus fuerzas contra la humildad.

Un ataque frontal consiste en convertir la humildad en orgullo, haciéndonos estar orgullosos de nuestra humildad. El Enemigo nos hace exageradamente conscientes de nuestra humildad para que pensemos *ya soy humilde..., ya he conseguido la humildad* y nos atrape un orgullo más sutil. Quizá no lo consiga

del todo, porque se trata de un pensamiento claramente absurdo, pero intentará distraernos con él todo el tiempo posible. Lo mejor es desechar esa idea estúpida con una sonrisa.

Para provocar el orgullo espiritual el Tentador toma pie de una especie de orgullo básico e inconsciente que se encuentra con frecuencia en nosotros. Nos hace suponer que las cosas bien hechas son como las hago yo o como se hacen en mi ambiente. Nos empuja a considerar que son estúpidos o ridículos los que desconocen la verdad que yo poseo. Ese orgullo nos lleva a despreciar o a minusvalorar a los que están fuera de nuestro propio círculo.

Con esa materia prima, el diablo sólo fabricaría una especie de vanidad social que, si es inconsciente, no le es muy útil para sus fines. Pero cuando consigue que mi grupo sea identificado con los cristianos y la verdad que creo con la fe, entonces provoca en nosotros el orgullo espiritual: servirse de lo más sagrado para que nos sintamos superiores a los demás y los despreciamos después.

Otra forma que utiliza el Tentador para sacarnos de la humildad es ocultarnos su verdadero sentido: el olvido de uno mismo para entregarnos a Dios y a los demás. Si el demonio consigue que la humildad nos centre en nosotros mismos, la habrá vuelto estéril. Para ello nos muestra una falsa humildad o, lo que es lo

mismo, una humildad basada en la falsedad: negar lo que somos o tenemos, intentar ocultar y ocultarnos de lo que somos capaces. Esta humildad, además de falsa, nos introduce en una tarea imposible -negar la evidencia- y nos centra en nosotros mismos.

Un método más amargo para nosotros -y por lo tanto más apetecible para el Enemigo- consiste en hacernos confundir la humildad con el autodesprecio, para llevarnos fácilmente al desprecio de los demás. En lugar de aceptarnos como somos de forma realista y pacífica, creemos erróneamente que la humildad consiste en despreciarnos interiormente con amargura por nuestros defectos y errores. Y automáticamente proyectamos esta actitud en los demás.

La humildad que Dios quiere de nosotros es muy diferente. **Dios prefiere que nos olvidemos pronto de lo bueno que tenemos o hemos hecho, y que no dediquemos tiempo y esfuerzo a considerarnos malos.** Lo que él desea es que nos alegremos de lo bueno, tanto si lo hacemos nosotros como si lo hacen los demás; que seamos capaces de reconocer las maravillas de Dios en nosotros y en los demás, para llegar a amarnos mucho a nosotros mismos y a los demás.

Dios quiere que caigamos en la cuenta de que no importa saber exactamente cuántos talentos tenemos, sino que trabajemos para que den fruto y dejemos a Dios que lleve la cuenta. Quiere que nos con-

venzamos de verdad de algo que ya sabemos: todo lo que tenemos es un regalo y es estúpido sentirnos orgullosos por algo que no es nuestro.

TENTACIÓN CORROMPER ESPIRITUALIDAD

Cuando le falla la carne y el mundo, el diablo utiliza la corrupción de lo más santo. **Echar a perder a un santo, engañarle disfrazándose de ángel de luz es una de las victorias que más agradan al Tentador.** A veces pensamos que el demonio nos aleja de todo lo que sea espiritual, y no es así. El Enemigo tiene un arma más eficaz y que además le gusta más emplear: la falsa espiritualidad. No olvidemos que lo que le interesa es alejarnos de Dios, y hacerlo del modo que nos pase más desapercibido.

Como la finalidad del Tentador es alejarnos de Dios, y la fe cristiana nos lleva a Dios, él tiene un gran interés en desvirtuar la fuerza transformadora y salvadora de la fe. Esta falsa espiritualidad tiene varios caminos:

1. La deformación del rostro de Cristo

Uno de los caminos que más utiliza es la deformación de la misma imagen de Jesús. El Enemigo va cambiando progresivamente esa imagen deformada. Su trabajo consiste en manipular el rostro de Cristo que

aparece en el Evangelio, eliminando algunos datos, exagerando otros, añadiendo alguno más. Según vaya a ser más o menos aceptado ese nuevo Jesús, es presentado como revolucionario, justificador del orden social, marxista, liberal, humanitario, artista o loco.

Con estas falsas reconstrucciones se consigue que los hombres sigan o imiten a un Jesús que no existe. No sólo se les oculta lo fundamental de su enseñanza, sino que se sustituye la persona por una figura del pasado lejano que es difícil o imposible de descubrir. Para realizar esta búsqueda imposible y estas reconstrucciones falaces se gastan energías que serían suficientes para encontrar al Cristo vivo y verdadero que cambia la vida. El Enemigo nos empuja a discutir cada detalle de la vida de Jesús y a reconstruir su mensaje completo, y así hace imposible que Cristo se haga presente y nos cambie con la fuerza que tiene cada una de sus palabras o de sus gestos.

2. Convertir la fe en un servicio a otros fines

Otra forma moderna de desvirtuar lo espiritual es convertir el cristianismo en un medio al servicio de intereses políticos. Es cierto que el Evangelio tiene consecuencias sociales y políticas. **Al Enemigo no le interesa esta conexión entre cristianismo y vida.** Todo lo contrario. Lo que pretende es reducir el cristianismo a

un medio para otros fines; un medio que se pueda manipular cuando ya no interese. Se trata de hacer que los hombres abracen el cristianismo, pero no por sí mismo y porque sea verdadero, sino porque les conviene. Ya llegará el momento de hacérselo rechazar porque les estorbe.

Esta forma de desvirtuar la fe podría definirse como «el cristianismo y...». No se trata de negar la fe, sino de añadirle un elemento que fomente la diferencia con los demás cristianos y desplace el centro de la fe: «el cristianismo y el feminismo», «el cristianismo y la ecología», «cristianismo y homosexualidad»...

Ya lo decía un rey francés: *París bien vale una misa* como forma de expresar la manipulación de la fe por el poder político. Desde la revolución francesa hasta la China comunista se ha descubierto que para eliminar la fe, más eficaz que la oposición es fundar una Iglesia *revolucionaria o nacionalista*. Con esto se consiguen dos fines: oponerse a la fe y promover la propia ideología.

3. El horror a «lo mismo de siempre»

Se trata de un mecanismo básico de la tentación que el Enemigo aplica con éxito a diversas situaciones. **Consiste en el horror a lo mismo de siempre: la necesidad de cambiar por cambiar, el pensar que lo nuevo es mejor por sólo el hecho de ser nuevo.**

El diablo aplica esta tentación con éxito al terreno religioso. Muchas herejías, o quizá simples tonterías sólo se amparan en el título de «nuevo». **Al Enemigo le resulta muy útil este afán de novedad para crear nuevas modas** sin relación alguna con la verdad.

No es que Dios no quiera el cambio o que ese cambio verdadero no sea gratificante y positivo. **Lo que hace el Enemigo es introducir una exigencia absoluta de novedad que impide cualquier otra reflexión o la confrontación de ese cambio con los valores objetivos.** Con ese afán permanente de novedad, el demonio consigue eliminar el placer presente y subrayar la insatisfacción y el deseo que lleva fácilmente a la infidelidad o al egoísmo. De ahí nos lleva fácilmente a la búsqueda del placer inexistente o prohibido.

El Enemigo ha conseguido aplicar con mucho éxito la tentación de «lo mismo de siempre» a algo tan valioso y eficaz como la liturgia. Bajo el lema del mundo «hay que cambiar» y con el pretexto de «atraer a la gente» se han hecho muchas tonterías: no decir la misa en la capilla, sino en la terraza..., por cambiar; no leer lecturas de la Biblia «ya muy sabidas» y leer una estadística o el escrito de un poeta o un pensador; consagrar «otro alimento» más actual. Detrás de estos experimentos no suele haber más fundamento que el afán de salir de la monotonía. Lo peor de esta tentación es que lo que hoy es nuevo, mañana es viejo y hay que volverlo a

cambiar. O se cae en la monotonía de repetir lo que es novedad sin fundamento, o hay que estar permanentemente inventando signos y símbolos. Al final el Enemigo consigue que se emplee el doble de esfuerzo en esta permanente novedad y no se dedique la mitad de tiempo a una liturgia que bien cuidada tiene fuerza y suficiente novedad por sí misma.

TENTACIONES SOBRE EL TENTADOR

El modo que tiene el demonio de actuar con más fuerza es hacerlo en la sombra; en la aparente impunidad que le ofrece el hecho de que el hombre no crea en su existencia. Ayuda mucho en este sentido la imagen de los «diablos» como figuras predominantemente cómicas. Si el hombre comienza a tener la más leve sospecha de la existencia del demonio, éste le insinuará la imagen de un ser estrafalario, vestido con mallas rojas y dotado de cuernos, pezuñas, etc. Y puesto que un hombre sensato no puede creer en esta ridícula imagen mítica, en consecuencia no puede creer en el demonio.

El culmen de este modo de tentación consiste en inducir al hombre a negar la existencia del demonio y de todo lo «espiritual», mientras se arrodilla para adorar al demonio a quien niega bajo realidades vagamente denominadas «fuerzas» que se esconden tras la ciencia, el sexo o el poder.

